

M

B

6

OLIM

MB

70



MB

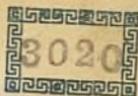
66

22

70

MB/66

Barbajau 70
UNA GIRA



EN LA ALAMEDA DE OSUNA

MAYO 19, DE 1867

RELACION HISTÓRICA
EN ONCE CUADROS AL PASTEL

TÍTULO DE LOS CUADROS

I La marcha.
II La Alameda.
III Los retratos.
IV Ellos.
V La navegacion.
VI La comida.

VII El palacio.
VIII El fantasma.
IX Los bollos.
X El regreso.
XI El chocolate.
Apéndice.

48854



MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD NÚM. 29

MDCCCLXVII



1882



UNA GIRA EN LA ALAMEDA DE OSUNA.

I.

La marcha.

Era una hermosa mañana
de las del florido Mayo
cuando entraban en un ómnibus
largo, muy largo, muy largo,
ocho damas españolas,
si en el número contamos
una niña pequeñuela
y traviesa como el diablo.
Diez los galanes serian
entre arriba y entre abajo,
pues los que adentro no caben
se colocan muy ufanos
en la vaca, compañeros
de cestones y de fardos.

Una elegante victoria,
propiedad de un ciudadano,
que es en materia de amores
libre-cambista avanzado,
iba al ómnibus velero
ó bien siguiendo ó rozando.
En la victoria venian
con su dueño dos muchachos
que tienen fama en Madrid
y pican siempre muy alto.
A la Alameda de Osuna,
á ese oasis encantado,
que más que mansion de Duques
parece de Soberanos,
se dirigen los dos coches
popular y aristocrático;
cuál corre más de los dos
no es fácil adivinarlo.
Pero á poco se detienen,
y gritos entrecortados
por el rumor de las ruedas,
las campanillas y el látigo,
revelan que á cierta niña
trasladar es necesario
desde el ómnibus al coche,
porque se marea algo.
Con ella fué su papá,
un Consejero de Estado,
que se alegró del mareo
porque por él fué más ancho.

II.

La Alameda.

Ya muy cerca de las doce
á la Alameda llegaron.
A sus puertas esperaba
á los viajeros, simpático
un grupo que componian
tres personajes preclaros.
Un Conde y una Condesa,
ella precioso bocado,
y una niña como un sol.
Ya habreis conocido, harto,
que los Condes que esperaban
eran los Condes de Iranzo,
y la niña que achicharra
la remona Emma Madrazo.
El guarda que vió dos coches,
popular y aristocrático :
« El uno puede pasar,
dijo, pero está vedado

que éntre el de la servidumbre,
que es un vehículo ordinario. »
Una carcajada homérica
de los del ómnibus largo,
acogió la intimacion
de portero tan errado,
y en tanto las damas todas
del ómnibus se apearon
y las que las recibían
las daban besos y abrazos ;
y unas subieron al coche
del jóven del libre cambio ,
y otras marcharon á pié ,
unas y otras contemplando
de la preciosa Alameda
los verjeles tapizados,
los estanques, las estátuas,
los prodigios sobrehumanos.
La plaza de Emperadores,
que más que plaza, es un pasmo ,
sirvió á damas y galanes
como sitio de descanso.
Y puesto que ya sentadas
á la sombra de los álamos
están ellas y están ellos
y andan los niños jugando,
para colocar mi máquina
aprovecharé este rato,
á ver si sabemos quiénes
forman la gira de campo.

III.

Los retratos.

Es una de las señoras
la Marquesa de Santiago.
Llevaba un corpiño azul
que daba mayor resalto
á las formas ¡ay qué formas!
que el Marqués conoce tanto.
Era negro su vestido,
y me parece que largo,
y lo tenía cogido
con muy gracioso desgairo.
Iba la Marquesa alegre,
porque su genio es muy franco,
mas en medio de su júbilo
no pierde ni un solo rato
de vista á los chiquitines
de su ilustre casa vástagos.
Otra señora casada,
buena moza, aire romano,

al lado de la Marquesa
se descubre, no me engaño ;
es Carlota, la de Ochoa,
dama de juicio tan claro,
que más de cuatro académicos
y más de cuarenta sabios
quisieran saber lo que ella,
dicen que, sabe soñando.
Vestida con sencillez
como requiere su estado,
goza mirando las flores
á quienes estima tanto,
porque ella es floricultora
de conocimientos vastos.
Una dama habla con ella,
tipo elegante, bizarro,
que unas llaman Isabel,
y otras Condesa de Iranzo.
Lleva camiseta azul
y un sombrerito de campo
color marron, con espigas
de oro, como sus encantos.
Más allá cinco muchachas
retozan con Alvarado,
con Finat y con Guerrico,
tres buenos piés para un banco.
La más alta, cual palmera
descuella, porte galano,
rubia como unas candelas,
con unos cabos, ¡qué cabos!

Es Mariana, ¡qué muchacha!
pero basta de retrato,
que hay cuerpos facultativos
que se enojan, y me callo.
Otra niña, también rubia,
jugueteaba por el campo.
Elevada de estatura,
blanco el cutis como el ampo
de la nieve, delgadita,
de corte inglés, de los guapos:
¿quién no conoce á Pepita
en este bosquejo basto?
Una primita la sigue
casi, casi tropezando,
Emma, la niña graciosa,
la perla de Jovellanos,
el vivificante sol
que ciega á banqueros tantos,
y á jinetes y artilleros
y á más de doce paisanos.
Aquella que ahora la besa
es Eugenia, ¡viva el garbo!
conjunto de sal de España
y de tono franco-mano.
Niña de cara tan fresca,
de ojos tan vivos, tan claros,
que de fijarse en alguno
se queda vizco en el acto.
De esta verdad nos responden
españoles y romanos,

y cierto rubio fantasma
por la niña rechazado
que la persigue ya á pié,
ó bien en caballo blanco.
Más allá la tierna Julia,
severa está cavilando,
pues un jinete al rozar
el ómnibus en el Prado
la dejó tan pensativa,
que ni Finat con su gancho,
ni Alvarado el coqueton,
ni Guerrico el diplomático,
la sacan del estupor
en que ausencia la ha dejado.
Digna hermana de las dos
es Julia, de negros cabos,
y es tan árabe su tipo,
que cualquiera al contemplarlo
dá desde luego la voz
de «cierra España, Santiago.»
Fué tambien otra señora,
y la omito y me la trago,
porque á ello me dá derecho
cierto tiernísimo lazo
que apretó la Santa Iglesia
hace más de veinte años.
¡Lástima grande, pardiez,
fué que en grupo tan galano
faltasen dos hermosuras
ramas casi de un mismo árbol,

Tilin, la ya prometida
á un pintor afortunado,
é Isabel, la que promete
y no cumple á más de cuatro.
Faltaron á más ¡caramba!
más que cónyuges, dos santos,
la Santa Mimí la buena
y el San Luis no tan hourado.
Áun galanes de la gira
no van especificados,
pero en capítulo aparte
iré marcando sus rasgos.

IV.

Ellos.

Retratadas las damas
y los galanes,
faltan sólo los pollos
y los formales.

Y me parece
que formales y niños
bien lo merecen.

Es de la galería
mi primer cuadro,
el Senador ilustre
Conde de Iranzo.

Persona fina ;
su carácter amable
¡ cuánto cautiva !

Él obsequia galante
rubias, morenas,
como buen caballero
de la Edad media.

Sin que reparen,
dirige á su Condesa
dulces *regardes*.

Sentado allí se encuentra
Eugenio Ochoa ;
parece pensativo,
lo está de broma.

¿Sabeis qué piensa?
en el arroz un poco
y otro en su Eneida.

Anda más con las damas
Pedro Madrazo,
tan ameno en la corte
como en el campo.

Y en sus delicias
no se olvida un instante
de sus dos hijas.



Agridulce en su trato,
cortés y bueno
corre por allí un jóven,
robusto, grueso;
pintor que en Roma
á la niña Pastuchi
fiero abandona.

Mas descuella entre todos
por su estatura,
primorosa elegancia
y atencion suma,
el de Palacios,
que es de pollos formales
espejo claro.

Servicial con las niñas
segun barrunto,
me las hizo felices
en el columpio.
Y le dió tanto,
que se quedó sin fuerzas
para dos años.

Otro pollito habia
de gran partido,
que persigue á sus novias
con fiero ahinco.

Pepe Madrazo,
que su elegancia luce
bien á caballo.

Alegre y comedido
siempre Ricardo,
dió juego, pero poco
segun mis datos.

Sólo Isidoro
dió señales de vida
pegando á todos.

Isidoro que lleva
un nombre ilustre,
y que dará á las letras
honor y lustre;
pues ya revela
la sangre literaria
que hay en sus venas.

De otro jóven rubito
cuenta la *Gira*,
que aunque no mete ruido
tierno suspira.

Se llama Arturo,
y es hermano de aquellas
de tan buen busto.

Otro muchacho habia
risueño, amable;
el jóven secretario
suelen llamarle.

Todas le quieren,
porque sobre ser útil
es complaciente.

Y nos dió de ello prueba
muy terminante
trepando por un árbol
por un volante.

¡Vaya con Lopez!
más un ligero gamo
parece que hombre.

Trinidad, pero enana,
paso por alto,
Salvador y Sofía
y Emilio el malo.

No me interesan,
porque son gentecilla,
segunda mesa.

V.

La navegacion.

Por los jardines
tras de las flores
á estos señores
se ve correr.
Ellas con ellos
muy divertidas
entretenidas
á su placer.

Sólo amargaba
tanta ventura
cierta figura
que fija está.
Es la del Guarda,
que á mi Pepita
feroz irrita
y no se va.

En los Magyares
persigue al lego
con furor ciego
soldado audaz.
Y á las muchachas
no deja un punto
el Guarda adjunto,
tostada faz.

—

« Llévanos, Guarda,
no seas memo,
donde esté el remo
y á navegar.
Llévanos, Guarda,
no seas tonto,
llévanos pronto
á columpiar. »

—

« No se acaloren,
buenas señoras,
que pasen horas
y remarán. »
Esto les dice,
¡qué pié de banco!
el Guarda manco,
su piedra iman.

—

« Otras señoras
y caballeros
reman ligeros
con emocion. »
Y era, en efecto,
grupo caliente
su presidente
Tirso Obregon.

Por fin, Ochoas,
Emmas, Santiagos
llegan al lago;
¡felicidad!
Y todas juntas
dánse á la vela;
nadie recela
la tempestad.

Pepa los remos
coge briosa,
y voluptuosa
la barca va.
Y dentro de ella
acariciado,
Finat osado
se mece ya.

Con él Guerrico
encuentra modo
codo con codo
de navegar.
Con tripulantas
de tal salero
casi es certero
el naufragar.

Por fin, la barca
de encantos llena,
llega con pena
al gran salon.
Y los dos tunos
que la tripulan,
allí formulan
declaracion.

Luego otra barca
algo más tarde
haciendo alarde
de sensatez
el lago cruza
siempre velera,
pues va ligera
como una nuez.



Desembarcada
la caravana,
pide con gana
más diversion.
Y agarraditos
todos del brazo,
va en tierno lazo
la procesion.

Vuelta al columpio,
vuelta á las flores,
y á los amores
que yo me sé.
Y una visita
al padre Arsenio,
hombre de genio
segun se ve.

Pues en la tumba
que está á la puerta,
dice que tuerta
su vida fué.
¡Hola, eremita!
¡Enamorado
como Alvarado
anduvo usted!

Todo es tan lindo,
hay tanta tela,
que el tiempo vuela
como corcel.
Y apenas vemos
las faisaneras,
ni á las obreras
de rica miel.

Marchad de prisa,
gente importuna;
pero la una
el reloj dá.
Y la campana,
son que interesa,
diz que la mesa
espera ya.

Niñas, galanes,
con furia insana
hacen de gana
punto al amor.
y se dirigen
muy jubilosos,
muy presurosos
al comedor.

VI.

La comida.

De rondon entraron todos
en el comedor vastísimo,
y encontraron una mesa
llena de manjares ricos.
La mesa de Baltasar,
de Camacho el regocijo,
eran dos niños de teta
si se comparan, amigos,
con la mesa que la Mery
nos aderezó el domingo.
Es verdad, que amaestrada
por la Pepita, que es tipo
de directoras de mesa,
se ha hecho sábia en el oficio.
Al centro se van los ojos,
¡qué pavo *trufé* tan místico!
¡qué jamon tan sustancioso!

y el uno y otro, ¡qué dignos
de las dos hermosas damas
que nos los han elegido!
no obstante, que ni Isabel
es pava como el pavito,
ni jamona la Marquesa
á quien el jamon debimos.
En la mesa, por mi cuenta,
se sentaron veinticinco,
Julia, Marquesa, Pepita,
Emma, Carlota, Perico,
Condesa y Conde de Iranzo,
Eugenia, Finat, Guerrico,
Lopez, Micaela, Alvarado,
Mariana, Eugenio y el niño,
Isidorin, Pepe y Diaz,
Palacios y Ricardillo,
Arturo y el poetastro,
que son veintidos y pico,
pero veintidos que forman
el número veinticinco
contando á los chiquitines,
que ví tres en un postigo
de la ventana, comiendo
como si fueran crecidos.
No hubo en la colocacion
un sistema bien previsto,
pues damas, como galanes,
nos sentamos do pudimos,
excepcion hecha de Hipólito,

el más tuno que ha nacido,
que como lirio entre rosas,
se colocó tamañito
entre mi Julia y mi Eugenia,
formando un alegre trio.
Mas una vez colocados,
mucho atencion y apetito,
porque ya sale el arroz
en dos peroles magníficos.
Pero ¡qué arroz! ¡santo cielo!
¡Que vengan los del oficio,
vulgo *paellistas*, y digan
si en Ruzafa se ha comido
una paella valenciana
cual la paella del domingo!
¡Cuál se chuparon los dedos
los veintiseis socios ínclitos,
que dejaron los peroles,
como quien dice, vacíos!
La gloria del tal arroz
á Carlota la adjudico,
pues el arroz y otras cosas
que en los peroles cogimos,
fueron de su iniciativa,
salieron de su bolsillo.
¡Bien haya la mallorquina
que Palet nos cedió fino!
gran profesora en arroces
como debe serlo en pistos.
Por de pronto todos callan,

parecen frailes franciscos ;
y es que comen , comen , comen
con tan voraz apetito ,
que los trozos de tortilla ,
por Dionisia repartidos
con equidad cicatera
cual si fueran pan bendito ,
pertenecen ya á la historia ,
se hace de ellos caso omiso ;
porque ¿quién se acuerda ya
de tortillas , ni chorizos ,
quiero decir , salchichones ,
si todo se ha digerido ?
« Venga otro plato de arroz , »
es el patriótico grito
que se oye en toda la línea
de comensales solícitos .
Y despues de sendos platos ,
de Isabel el pavo rico
y el jamon de la Marquesa
se engulleron en un brinco ,
amen de otras menudencias
en las que yo no me fijo ;
y todo entre libaciones
de un espirituoso vino ,
hasta que vino á la postre
el Champagne , y adios el juicio .
Todos hablaban á un tiempo ,
voces , risas y suspiros
alternaban por do quier

con cien bromas de lo lindo.
 Finat á sus dos muchachas
 revolvia el muy ladino,
 y Alvarado suspiraba
 por lo que saben *poquitos*,
 y Palacios hace platos,
 y hace pucheros Guerrico
 llorando por cierta niña
 á quien Fortuna ha escogido
 porque él la dejó escapar,
 «Fortuna te dé Dios, hijo;»
 y Paco come que come,
 y Eugenio tinto que tinto;
 todos, en una palabra,
 calamocanos, mohinos.
 Sonó la palabra «bomba,»
 callaron todos, y dijo
 un poeta, aunque viejo, alegre,
 de ustedes muy conocido:
 «Brindo con el alma fria
 porque noto cierta ausencia,
 por la graciosa María
 que nos dejó en este día
 á la luna de Valencia.»
 Y á este brándis mil siguieron
 que yo no apunté en mi libro,
 y con risas jubilosas
 fueron todos acogidos.
 Pero en estas y las otras
 iban casi á dar las cinco,

cuando dejamos la mesa
y á los salones subimos;
¡qué salones, qué salones!
merecen otro capítulo.

VII.

El palacio.

« Íntimo amigo del Duque
es el Señor Don Eugenio,
y de palacio y jardines
todo el día será dueño;
que tal es mi voluntad,
y á cumplirla, Pedro Herreros. »
Con una carta como esta
y unos mozos como aquellos
y unas damas tan alegres,
tú, lector, si eres discreto,
lo que allí va á acontecer
comprenderás desde luego.
Están aquellos salones
adornados con exceso.
¡Qué riqueza de pinturas!
¡Qué preciosidad de frescos!
¡Qué relojes! ¡Qué juguetes!
¡Qué primorosos objetos!

Bien en ellos se refleja
el genio altivo, soberbio
de aquella de Benavente,
señora de tanto peso,
que aunque Condesa de título
fué reina de sentimientos,
haciendo una posesion
sólo para su recreo,
que pudiera competir
con lo que hubiera más bello
de este género de quintas
en todito el universo.
Admirando estos primores,
nos sentamos sin respeto
en un lindo gabinete
colocado allá al extremo;
en él habia un piano,
y, manos, para que os quiero,
dijo el jóven Alvarado
en el *tocar* tan diestro.
Y tocó, y le acompañaron
con sus celestiales ecos
dos artistas aplaudidos
allá en la de Cedaceros;
la niña Eugenia y Palacios,
que cantan como en el cielo.

Las malagueñas
del de Palacios
á todos, todos

mucho gustaron.
No gustó ménos
el dulce canto
de Eugenia hermosa,
niña que amo ;
pero era tarde,
brindaba el campo
con sus delicias.
La voz de *vámonos*
repiten todos,
y nos marchamos,
porque nos miran
como asustados
los dos Conserjes
estupefactos.
Pero á Mariana
la lleva á un lado
Finat indómito
que está muy lacio,
y me la dice
sin aparato :
« No me moviera
yo de este cuarto ,
porque me siento
muy desmayado ;
amor me mata ,
y con sus dardos
todita el alma
me ha atravesado. »
« Pues que aproveche,

y hasta otro rato ; »
dice la niña
con mucho garbo.
Y quedó solo :
¡pobre muchacho !
Apenas salen
del gran palacio ,
al de este nombre
con entusiasmo
le llaman todas.
Y *vamos, vamos.*
¿A dónde, niñas ?
A columpiarnos ;
y las columpia
con gusto tanto ,
que se dá un golpe
en el costado.
Y luégo dicen
que se ha quebrado
no sé qué parte
del calzon ancho.
Mas dan las siete ;
remusgo insano
en los jardines
alarma un tanto :
los más juiciosos
repiten : *vámonos ;*
mas no se puede ,
porque es el caso
que con Pepita

los dos de Iranzo
y la Marquesa
forman cotarro.
Llevarlas quieren
en landó ancho;
mas no parecen
¡Jesús! ¡qué chasco!
esas señoras
con que ha quedado
en conducir las
en coche Iranzo.
¿Cómo no vienen?
¿Qué habrá pasado?
Nocturno velo
se extiende en tanto;
¿cómo esperarlas?
Las siete y cuarto.
Renuncio á ello,
dice, ¡canario!
y su vacante
llena en el acto
con dos pobretes
que están al lado,
y que se llaman
Micaela y Paco.

VIII.

El fantasma.

Era ya hora de partir
cuando todos observamos,
en la placeta de entrada,
un hombre con un mal jaco.
Le tenía de la rienda
mientras que un pollo, su amo,
dirigia por la verja
miradas de enamorado.
«Es el fantasma, nos dicen,
que no dá á Eugenia descanso,
y le sigue cual su sombra
á pié, en coche y á caballo.»
Decir esto, y dar espuela
el jinete á su Pegaso,
fué cosa de dos minutos,
desapareciendo rápido.
Un amor sin esperanza,
un imposible, ¡insensato!
Pobre jóven, pobre jóven,
los desdenes te mataron.

IX.

Los bollos.

Mas los goces, amigos, de este mundo
nunca completos son, ¡damas y pollos!
llorad, llorad, y con dolor profundo,
pues que se hicieron noche ciertos bollos.

El Cronista, que no es un botarate,
¿qué llevo? preguntó; no lleve nada
á no ser que nos lleve chocolate,
dijo de Ochoa la mujer amada.

Y llevó chocolate desde luego
de bollos escoltado del Suizo,
lo ménos seis docenas, que dan juego
porque son más que bollos un hechizo.

Los bollos ¿dónde están? No en la cocina,
Mery, Dionisia, son las responsables.
¡Ay qué suerte de bollos tan indina!
puesto que se han tornado en *introuvables*.

Al ver este conflicto Don Eugenio ,
hombre de corazon como muy pocos,
en un arranque de su altivo genio
nos dice : poca cosa os vuelve locos.

Pardiez que no tratais con un petate ;
corónese en mi casa tan gran dia ;
en mi casa esta noche el chocolate,
y allí bollos tendreis en demasía.

X.

El regreso.

Y dichas estas palabras
voló el coche muy ligero,
y en el ómnibus las damas
poco despues se metieron,
y los pollos en la vaca
y algunos hombres adentro
de esos que, gallos y todo,
tienen ciertos privilegios.
Orondas en la victoria
Marquesa y Pepita fueron
dirigidas por Finat,
que es un piloto discreto
cuando su buque por lastre
lleva material tan bello.
Cantos alegres sonaban
del ómnibus por los huecos;
el júbilo de la gira
esparramaban los vientos,

y todos *entre dos luces*,
con mucha broma y jaleo,
penetraron en la villa
do ostentan los madrileños
el oso tradicional
como emblema de sus hechos.

XI.

El chocolate.

Dan las diez, y congregados
están en el comedor,
de la gira, sí señor,
ya todos los convidados.
Sale el chocolate rico
en las jícara hirviente,
se anima toda la gente
para arrimarle el hocico.
Nadie dá paz á la mano
ni se apercibe ¡qué horror!
de un poeta improvisador,
Don Gaspar Bono Serrano.
Porque es de veras muy topa
aquella turba elegante
con la jícara delante
moja que moja la sopa.

En vano el señor de Bono,
el gran poeta don Gaspar,
quiere la sopa atajar
porque luchan con encono.
Y el chocolate enemigo
por devorar se desvelan,
y sin perdonar la espuela
lo meten en el ombligo.
Mas Don Gaspar no desiste;
como mosca en la nariz
dá una embestida feliz,
á sus versos; ¿quién resiste?
«Dos minutitos, señores,
prestadme vuestra atencion;
ahí va una improvisacion
acaso de las mejores.
Y como esa os diré mil
si así hago vuestra ventura;
las improvisó este cura
allá en la guerra civil.
En el puente de Luchana
al general Espartero
le disparé muy ligero
esta décima galana.»
Y Don Gaspar improvisa
sus versos de treinta y cinco,
y las chicas dan un brinco
y se me mueren... de risa.
Que el Señor Serrano y Bono
de las niñas preferido,

es su poeta más querido
y tiene en cada alma un trono.
Y lo merece, pardiez,
porque es improvisador
el ministro del Señor,
una y otra y otra vez.
Si alguna improvisacion
se resiente de pensada,
eso nunca importa nada
porque gana en reflexion.
Uno y otro dominando
de los brándis el terreno,
cuatro malos y uno bueno
fueron los brándis brotando.
Y á cada dama espeté
su brándis correspondiente,
compuesto así de repente
y con amorosa fé.
Dieron las doce, y el sueño
nos empezaba á rendir;
fuímonos pues á dormir
con mucho gusto del dueño.
Aquí termina importuna
de la gran gira la historia;
de otra mejor no hay memoria
en la Alameda de Osuna.
Pero falta bosquejar
el retrato del cronista,
que os ha seguido la pista
sin dejaros respirar.

Y aunque es mi cara muy fea,
Pedro, hermano de pintores,
se encarga con mil amores
de tan ingrata tarea.

M.

APÉNDICE.

(Calla Paco y habla Pedro.)

Faltando aquí tan solo
la firma del autor,
que el retrato á la rúbrica
supla será mejor.

Lo que á la masa el fuego
que la convierte en pan;
lo que el alcohol al lágrima;
lo que al muftí el Korán.

Lo que á la tierra el agua,
lo que al agua la luz,
lo que el calor al pámpano
y el sol al avestruz;

Lo que es para el bocado
la nieve del mantel,
y para el vaso véneto
la espuma hirviendo en él;

Lo que son en las salsas,
para decirlo al fin,

sal y pimienta y tréboles
que excitan el magin;

Eso eres tú, Paquito,
por regla general,
y toda gira váquica
sin tí es un funeral.

P.

100



BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200012066

B

N